



Traducción de
René Olivares Jara

La horrible
lengua alemana

**MARK
TWAIN**

Mark Twain fue uno de los tantos entusiastas que en el camino de su aprendizaje sufrieron con la dureza del alemán. Como escritor, con una gran sensibilidad lingüística, se enfrentó a la incómoda verdad de que había cosas que no entendía y, frustrado, concluyó que la culpa debía ser de la lengua y de su gramática incomprensible. Este libro contiene, además del ensayo homónimo, dos discursos en los que Twain profundiza sus apreciaciones lingüísticas: uno dado en Viena en 1897 ante personalidades de la cultura austriaca, como Gustav Mahler y Carl Gustav Jung; y otro donde mezcla alemán e inglés para ironizar con la complejidad y diferencias de ambas lenguas, al mismo tiempo que alaba lo que él mismo llamó «el idioma de los cuentos de hadas».

UN YANQUI EN EL LABERINTO ALEMÁN

POR RENÉ OLIVARES JARA

«Soy tan sólo el amigo más fiel de la lengua alemana».
Mark Twain

Hay idiomas difíciles, sin duda. Y el alemán tiene fama de serlo. «La vida es demasiado corta para aprender alemán», se supone que dijo alguna vez Richard Porson (1759-1808), quien aún siendo uno de los mayores expertos de su época en griego antiguo parece que claudicó ante el idioma germano. Más allá de la veracidad de esta cita, lo que refleja es una idea muy arraigada respecto a la lengua alemana. Son muchos los que han comenzado entusiasmados a aprenderla y desertan al poco andar, impactados por combinaciones exóticas de consonantes, palabras kilométricas, verbos separables, frases sin fin y con el verbo al final, tres géneros gramaticales repartidos al parecer sin lógica, ocho formas de hacer un plural y, por supuesto, los «casos» y sus declinaciones.

Mark Twain fue uno de los tantos entusiastas que en el camino de su aprendizaje sufrieron pronto la dureza de la gramática alemana. Como muchos de los que aprendimos alemán en base a libros y profesores y no como lengua materna, también él experimentó la desazón de la sinrazón aparente de este idioma. Esta experiencia quedó plasmada en *La horrible lengua alemana*. Según el académico Manfred Pfister «es un texto exquisito, uno de los mejores textos que se han escrito jamás sobre el aprendizaje de un idioma extranjero»^[1]. Sin embargo, agreguemos, es el registro de la frustración de una inteligencia que se enfrenta a sus propios límites. Uno de los mejores escritores de Estados Unidos, reconocido a nivel mundial y, como todo gran escritor, con una gran sensibilidad lingüística, se enfrenta a la incómoda verdad de que hay cosas que no entiende y que, en un giro normal de la frustración, la culpa debe ser de la lengua y de su gramática incomprensible. De este modo, este texto puede ser visto como el desarrollo de un refrán popular en Alemania: «Deutsche Sprache, schwere Sprache». (Idioma alemán, idioma difícil). Según a quién se

le consulte en ese país, aquello podrá ser motivo de orgullo nacional o sentido como una crítica injusta hacia una lengua que, después de todo, hablan millones de personas con éxito todos los días. Pero detrás de esta queja sin duda existe una complejidad mayor. Como comenta Norbert Hedderrich, *La horrible lengua alemana* «(...) refleja los extremos del contacto de Twain con el alemán, la fuerte admiración, por un lado; la severa frustración, por el otro»^[2]. Por lo mismo, entender este texto como el mero reflejo de una experiencia desafortunada es sin duda superficial. La horrible lengua alemana manifiesta en el fondo una alabanza contenida a lo que el mismo Twain llama «el idioma de los cuentos de hadas». Muy a contracorriente de lo que se piensa comúnmente sobre esta lengua, su dureza en el sonido, asociado a la falta de emociones y especialmente al militarismo y al nazismo, el escritor norteamericano —que nada supo de eso— admiraba lo afectiva que podía ser. En uno de sus pasajes nos comenta: «Hay canciones alemanas que pueden hacer llorar a un extraño al idioma».

Pese a las quejas y a las bromas exageradas, el autor de *Las aventuras de Tom Sawyer* no se queda en la mera crítica. En su análisis de la lengua alemana expondrá la diversidad de la expresión de este idioma, sus limitaciones, pero también sus posibilidades. Y si se tiene en cuenta su biografía, se entenderá que la relación con la lengua alemana es de sincero interés. Por eso no debiera llamar la atención que, pese a las muchas críticas, persistiera en aprenderla.

Un comienzo irregular

Samuel Langhorne Clemens (1835-1910), quien después será conocido como Mark Twain, tuvo un contacto muy temprano con el idioma alemán. Él nació y creció en Missouri, uno de los estados norteamericanos que más inmi-

grantes de zonas germanoparlantes recibió durante el siglo XIX. Estos llegaron motivados principalmente por la muy positiva imagen del lugar —demasiado, según algunos— que Gottfried Duden (1789-1856) retrató en su texto *Bericht ueber eine Reise nach den westlichen Staaten Nordamerikas* (*Informe sobre un viaje a los Estados del oeste de Norteamérica*, 1829). Este circuló masivamente por distintos estados alemanes y fomentó la creación de compañías colonizadoras que pronto llenaron el paisaje urbano y natural norteamericano, con nombres que les recordaban a aquellos lejanos lugares teutones o auguraban un nuevo comienzo, sitios en los que se reproducía en una nueva tierra el mundo que se dejaba atrás. Así, por ejemplo, en la ciudad de St. Louis surgen los barrios de New Bremen y Baden, y un sector del río Mississippi fue llamado Rhineland, por su parecido a la región del Rin alemán.

Hermann es un caso emblemático respecto a la mantención de la cultura alemana en suelo estadounidense. Esta ciudad fue fundada en 1837 por la *Deutsche Ansiedlungsgesellschaft* (Sociedad Alemana de Colonización) con la idea de perpetuar en suelo americano las tradiciones alemanas. El mismo nombre busca hacer ese puente, al no evocar un lugar, sino a una persona emblemática en la fundación de una identidad alemana, Hermann (Arminio en español), líder germano que derrotó a los romanos en la batalla de Teutoburgo (9 d. C.). En muchas de las ciudades fundadas por alemanes había también una idea de renacimiento, de una vida mejor y, muchas veces, incluso de un proyecto utópico o de reformas sociales. Por ejemplo, en Bethel, muy cerca de Hannibal, en donde Twain vivió en su infancia, el pastor protestante alemán William Keil (1812-1877) fundó una colonia en la que bajo preceptos religiosos, se buscaba realizar la utopía de una vida en comunidad.

La promesa de un nuevo comienzo fue tan atrayente para los alemanes, que ya en 1834, un año antes de que na-

ciera Samuel Clemens, más del 50% de la población de una gran región del actual estado de Missouri eran alemanes y cuando trabajó como impresor en St. Louis en 1853, un 30% de la población de esa ciudad eran de ese origen^[3]. Alemania se había trasladado con su gente y sus costumbres a América. Y también su idioma. Como se aprecia, Clemens vivía inmerso en un mundo en el que el contacto con la cultura alemana era algo cotidiano. Los nuevos ciudadanos estadounidenses continuaron utilizando el alemán como medio de comunicación en su vida diaria, incluso en medios escritos, situación que será común no sólo en los Estados Unidos, sino también en las colonias alemanas en Latinoamérica^[4]. Uno de esos periódicos inflamó profundamente la curiosidad del niño Samuel Clemens. Al no poder descifrar lo que ahí decía en un idioma distinto y con una tipografía «Fraktur, —le preguntó intrigado al señor Koone-man, el panadero de su barrio, qué es lo que ahí decía—: Drei Reisende fanden einen Schatz». («Tres viajeros encontraron un tesoro»). Ese primer cuento de hadas en una lengua extraña sin duda estimuló la imaginación de quien sería conocido más tarde como Mark Twain, pues ya muchos años después recordaba ese pasaje de su vida con mucho detalle.

Sin embargo, el mero contacto no bastaba. Hacía falta aprender conscientemente el idioma. El primer intento ocurrió cuando tenía 15 años. Tomó como profesor a un zapatero alemán, que sabía poco inglés, haciendo muy difícil la comunicación entre ambos. Más tarde retomaría su estudio entre 1855 y 1856 cuando conoció a otro alemán, al que enseñaba música. En ambos casos el aprendizaje debió ser más bien informal y, por lo mismo, sin mucha continuidad. Pasaron algunos años y en 1860 decidió ir a una escuela de idiomas para aprender, además de alemán, francés e italiano. Sin embargo, como lo indica John T. Krumpelmann, «estos esfuerzos tempranos no produjeron resultados apa-

rentes»^[5]. Ya después de dos o tres lecciones Clemens abandonó las clases de alemán para dedicarse «por ahora» al francés. No será sino hasta años después que, ya siendo un autor reconocido, retomará su interés por el idioma germánico. En 1874 llegó a la casa de la familia Clemens una criada de origen alemán. Con ella, la familia completa comenzó a interesarse en esta lengua al punto de planificar un viaje a Europa, pensando especialmente en Alemania y Suiza. Con este viaje en perspectiva es que las «clases» se intensificaron a comienzos de 1878. Al parecer, Mark Twain adquirió mucho conocimiento de este idioma en muy poco tiempo. El entusiasmo de este progreso queda patente en la carta que poco después de su llegada a Alemania le envía a Bayard Taylor (1825-1878^[6]), escritor y diplomático que había traducido el *Fausto* de Goethe (1870) y que había sido nombrado recientemente embajador de Estados Unidos en Berlín: «Ich habe das Deutsche Sprache gelernt und bin ein glücklicher kind, you bet». («He aprendido la lengua alemana y soy un chico feliz, puedes apostar»). Aunque con errores gramaticales^[7]. Pronto surge un choque con la realidad. No siempre lo aprendido es suficiente para desenvolverse en el mundo alemán y la frustración aparece con rapidez. El 2 de junio de aquel año le escribe a David Gray, un amigo de Buffalo: «Quería estudiar alemán y aprender a hablar, pero debo dejarlo. No puedo permitirme el tiempo»^[8]. Ya en diciembre le escribe a Bayard Taylor sobre sus estudios de alemán: «No le robaría su comida o sus ropas o su paraguas, pero si encuentro su alemán afuera, lo tomaría. Pero no estudio más. Lo he dejado»^[9].

Las tensiones entre las ganas de aprender el idioma y las dificultades que le acarreaban son la fuente desde donde brotan algunos de los textos que posteriormente serán publicados como apéndice de su libro de viajes *A Tramp Abroad*, entre ellos, *La horrible lengua alemana*^[10]. Hablante de un idioma (casi) sin distinción de géneros, sin declina-

ciones y con verbos simplificados en su conjugación, es natural que encuentre especialmente extrañas e ilógicas ciertas características del alemán. Las quejas se refieren especialmente a las declinaciones, las cláusulas o frases explicativas, los verbos separables, los tres géneros gramaticales, la connotación del sonido de los términos y la excesiva longitud que pueden alcanzar las palabras compuestas en este idioma^[11]. Sin duda hay elementos que rescata, y él mismo los señala, pero ante la extensión y profundidad de sus reclamos, pareciera que estamos en la antesala de la renuncia. El hastío parece invadirlo todo y no nos extrañaría que dejara sus estudios de lado pensando que, efectivamente, la vida es demasiado corta para aprender alemán. Y sin embargo, eso no ocurriría.

Después del horror (1878-1910)

Con el tiempo, Twain adquirió más habilidades en el alemán, en especial en su lectura. No así en su aspecto oral. Múltiples son los ejemplos que señalan sus problemas para hacerse entender en este idioma. Hay dos incidentes que son recogidos en sus cartas y recreados con posterioridad en *A Tramp Abroad*. En un viaje en tren subió una mujer alemana con sus dos hijas. Él le habló muchas veces en alemán a una de las chicas, aunque sin resultados. «Finalmente ella dijo: Ich verstehe nur Deutch [sic] und Englishe [sic]». («Sólo entiendo alemán e inglés»). Poco después, de acuerdo a la versión de una carta enviada a Bayard Taylor el 14 de diciembre de 1878, comenta una anécdota sucedida con su amigo Joseph Twichell también en un tren: «Cuando estaba hablando un día en mi lengua nativa sobre algunas cuestiones bastante privadas en atención de algunos alemanes, Twichell dijo "Habla en alemán, Mark... alguna de estas personas pueden entender inglés"»^[12].

Pese a las dificultades, Twain persistió en su interés por este idioma. Después de su viaje europeo entre 1878 y 1879, trabajó en obras en las que el alemán y el inglés se mezclan, como en *Meisterschaft* (1888), o en donde el alemán se cuele en sus temas o giros lingüísticos, como en aquellos pasajes de *Un Yanqui en la corte del Rey Arturo* (1889) en los que agrega comentarios sobre este idioma que están en la línea de *La horrible lengua alemana*. Al respecto Krumpelmann afirma que en esta obra «(...) aún con la mente llena de sus estudios de alemán, considera la “horrible lengua alemana” una cosa con la que conjurar»^[13]. Incluso hubo un intento de colaboración con Siegmund Schlessinger (1832-1916) para la escritura de obras dramáticas en esta lengua. Los problemas idiomáticos entre ambos autores, dejaron incompletas las comedias *Die Goldgräberin* (*La buscadora de oro*) y *Der Gegenkandidat, oder die Frauen Politiker* (*El candidato de la oposición, o las mujeres políticas*).

De esta época de profunda inmersión en el alemán y su cultura es que surge el texto «Los horrores de la lengua alemana». Se trata de un discurso brindado por Twain en Viena en 1897 ante personalidades importantes de la cultura austriaca, como Eduard Pötzl (1851-1914), mencionado también en él, Gustav Mahler (1860-1911), Theodor Herzl (1860-1904) y, presumiblemente, Karl Kraus (1874-1936) y Carl Gustav Jung (1875-1961). Si hemos de creer a Twain, el discurso fue hecho sin ayuda de un texto escrito, aunque hay cierta polémica al respecto. Manifiesta, de todos modos, un progreso en sus habilidades lingüísticas. En él insistirá ante su público germanoparlante de Viena sobre la necesidad de reformar la lengua alemana, en especial en lo que respecta a las palabras compuestas, que suelen ser excesivamente largas.

La persistencia en aprender alemán nos muestra que detrás de las críticas hay en Twain un interés real en este idioma que trascendió las dificultades iniciales. Tanto es así

que en este discurso vienés se declara sinceramente «el amigo más fiel de la lengua alemana», el que sólo quiere perfeccionar aquel «idioma espléndido» que él ha aprendido con dificultad a lo largo de su vida y que dejó una huella profunda en lo artístico y en lo personal. El alemán fue, en cierto modo, la lengua de la intimidad familiar. Todos en el hogar de los Clemens la manejaban, en especial las hijas. Por eso no es de extrañar que al morir Olivia, su esposa, Twain pusiera en su lápida: «Gott sei dir gnädig, O meine Wonne!». («Dios te sea misericordioso. ¡Oh, mi dicha!»). ¿Quién adornaría las palabras de despedida de un ser amado, con un idioma al que se odia?

Los textos de esta edición

La presente traducción se basa principalmente en la edición de *The Awful German Language* publicada en 2010 por la Embajada de Estados Unidos en Berlín^[14]. Esta versión tiene la característica de haber sido preparada en ocasión de la triple celebración de ese año respecto a la vida y obra de Mark Twain: 100 años de su muerte (14 de abril), 175 años de su nacimiento (30 de noviembre) y los 130 años de la publicación de *A Tramp Abroad*, libro que registra su viaje a Europa entre 1878 y 1879, en especial su estancia en Alemania, Suiza e Italia, en el que aparece, precisamente, *La horrible lengua alemana*^[15]. Esta edición presenta el texto íntegro, junto con el discurso que Twain dio en 1878 en el Club Anglo-Americano de Heidelberg a propósito de la Independencia de EE.UU., además del discurso vienés de 1897 «Los horrores de la lengua alemana». Aunque originalmente este texto no pertenece a *La horrible lengua alemana*, pues apareció mucho después en su colección de presentaciones llamada *Speeches* (1910), por su contenido y estilo, es un continuador del discurso que Twain hiciera en Heidelberg en 1878. Es por esta razón que

ha sido incluido también aquí. Sin embargo, hemos hecho un pequeño cambio en la disposición de los textos. Hemos incluido «Los horrores de la lengua alemana» entre los otros dos, pensando en que las ideas expuestas por Mark Twain pueden ser mejor entendidas por el lector. De este modo, podrá apreciar cómo en los primeros textos el autor analiza en distintos niveles el idioma germánico, mientras que el último ejecuta su crítica en un discurso que «cierra» su reflexión combinando las lenguas. Creemos que sacrificando el orden cronológico, se ha ganado en comprensión.

Para evitar las erratas se ha consultado la edición original de *A Tramp Abroad* de 1880 y la versión de *Speeches* aparecida en la colección *The Complete Works of Mark Twain*, publicada en varios volúmenes (aquí, el volumen 24) por Harper & Brothers. En ambas sólo se han corregido los errores evidentes, pero se conservaron aquellos que existen en los textos alemanes, precisamente, como una muestra de la dificultad del autor en el aprendizaje de este idioma. De ahí que no se modifiquen ni las faltas de ortografía ni las faltas gramaticales, en especial en el uso de las declinaciones. En el mismo sentido, se ha mantenido la ortografía alemana de la época, como lo es el uso de la «th» (*vermieten*) hoy simplificado sólo a «t» (*vermieten*) o de la «e» como diacrítico para los cambios del sonido de la vocal (*Umlaut*), aunque actualmente se prefiere los dos puntos (*Unabhängigkeitserklärungen*, hoy es *Unabhängigkeitserklärungen*). Del mismo modo, se mantiene también en nuestra versión el diacrítico sobre la u (ü) y de la combinación «sz» para la actual «ß» (también transliterada como «ss») en desuso actualmente en ambos casos.

Para contrastar el significado de algunos giros ingleses y alemanes usados por Twain —y por qué no decirlo, por la simple curiosidad de saber qué habían hecho los alemanes con tamaña queja a su idioma— he consultado algunas versiones en la lengua de Goethe: una de ellas es una de las primeras traducciones al alemán (por lo menos que yo co-

nozca) y otras tres más cercanas a nosotros. Me refiero a *Die Schrecken der deutschen Sprache* (Los horrores de la lengua alemana), aparecida en la colección *Reisebilder* (1895) y las traducciones publicadas bajo el mismo nombre *Die schreckliche deutsche Sprache*: las de Ana Maria Brock (1985), Kim Landgraf (2010) y, finalmente, Holger Hanowell (2018). Esta última versión me ha sido útil para aclarar algunos pasajes dudosos y, en especial, por algunas referencias bibliográficas.

Debido a la complejidad lingüística de un texto como este —escritura en inglés comentando el idioma alemán— es evidente que la simple traducción literal es insuficiente. Es por ello que las palabras del original inglés aparecen entre corchetes cuando se quiere señalar un término cuya fuerza se perdería de otra manera. Precisamente, me parece, es la debilidad de ciertas versiones alemanas, a excepción de la de Landgraf y de Hanowell. De hecho, algunas han renunciado a publicar partes del texto particularmente difíciles de traducir en alemán desde el inglés. Pienso especialmente en el «Cuento de la Pescadera y su triste Destino». Del mismo modo, otras han dejado de lado también el «Discurso del Cuatro de Julio...», escrito en una mezcla de alemán e inglés y con errores gramaticales. En ambos casos, a menos que se utilicen largas notas explicativas, una traducción al alemán pierde en estas secciones los detalles que Mark Twain ha querido señalar en la práctica de la escritura. Afortunadamente, para nosotros los hispanohablantes, esta labor se nos simplifica.

Buscando que dentro de esta complejidad el lector no se pierda entre tanta información, todas las notas explicativas sobre el contenido o el lenguaje usado se han indicado con números y al final, para no entorpecer la lectura y tan sólo como complemento para el interesado. Así, el texto conserva como notas al pie indicadas con asteriscos las mismas que existen en los originales.

Lo que el lector experimentará, por lo tanto, pretende ser una versión lo más apegada posible a lo que Mark Twain escribió tanto en inglés como en alemán, sin que por ello debamos abandonar el español. Tal vez el lector encuentre aquí reflejada su propia experiencia del aprendizaje de este idioma. Y si no se espanta, quizás llegue a aprender también esta lengua, algún día.

LA HORRIBLE LENGUA ALEMANA

*Aprender un poco emparenta el mundo entero. Proverbios
XXXII, 7[16]*